

Paisajes de un pasado épico

La torre de Blasco Muñoz

ANTONIO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Hubo un tiempo muy lejano en que los hombres eran de acero, templadas las almas e invencibles sus cuerpos. Los páramos y dehesas anegaban la infinita llanura que en lontananza se divisaba desde las almenas de una villa, cuyos anhelos de ser ciudad aún no se imaginaban. La memoria de un pasado heroico permanecía indeleble en sus ruinas, sepulturas y un nombre árabe que definía aquel carácter inexpugnable. El horizonte se jalonaba de castillos y atalayas para defender un campo eterno de cruzadas, sembrado de cadáveres y germinado de mieses.

El orgullo devoto de la antigüedad correspondía a una torre, erigida por un hombre de fortaleza similar a sus muros, duro y frío como las pétreas esculturas de las iglesias, un guerrero de una sola pieza, como las figuras del juego de ajedrez. Sin embargo, en el tablero de la Corte, Blasco Muñoz era *estribán* de un infante; esto es, quien le sujetaba el estribo al montar en su cabalgadura. Con frecuencia encontramos a los grandes al servicio de los pequeños, no por modestia, sino por lealtad, ese defecto consagrado en virtud.

El rey Sancho IV *el Bravo* quiso conceder a su fiel vasallo aquellas dehesas y páramos infinitos, por gracia y merced de los servicios prestados en la guerra que sostuvo contra su padre, el *rey sabio*. Allí elevó su torre, entre carrascos y berrocales, como quien iza un pendón en el inhóspito y ensangrentado paisaje después de la batalla. Merece ser reconocido que la Historia se suele escribir con renglones borrosos, pues no era menos cierto que los antepasados de Blasco Muñoz habían arrebatado aquellos campos, a sangre y fuego, a los malhadados hijos del Profeta, en nombre de una religión que se decía verdadera y para mayor gloria y engrandecimiento de sus propios soberanos.

Sus murallas, almenas y merlones, matacanes y saeteras, se recortaban en la cresta del alcor, amenazando a un enemigo, no menos imaginario ni más implacable que el tiempo, que nunca más osó campear por aquellas comarcas. Sólo las guerras fratricidas volverían a romper el silencio de las noches de marzo con el aullido de los heridos y el grito desconsolado de las viudas. A pesar de la vida militar, los aljibes saciaban la sed de los moradores del castillo, mientras el molino cercano, movido por el impetuoso torrente, proveía sus despensas.

La torre de Blasco Muñoz permanece impertérrita ante la sucesión de los siglos, oteando las fértiles vegas del Ayuela y el Salor, anclada sobre la roca viva como un gigante centinela, como el halcón que espera pacientemente con la presa tomada el regreso de su amo. Una fidelidad envidiable, sin duda, que traspasa cualquier frontera impuesta por el espacio y el tiempo, y que para siempre estará más allá del amparo y los favores que se puedan esperar de infantes o reyes.

